

Notas y Documentos

OBSEQUIO DE UN BUSTO AL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD SEÑOR ENRIQUE MOLINA

El personal docente y administrativo de la Universidad de Concepción en un bello y espontáneo gesto ha obsequiado un busto al Rector Señor Enrique Molina. El busto es en bronce y obra del insigne escultor señor Samuel Román Rojas.

La entrega tuvo lugar en un acto solemne verificado el 2 de diciembre último en el Teatro Concepción de la Universidad.

En la tarde del mismo día se llevó a cabo en homenaje del señor Molina un cock-tail en la Casa del Deporte Universitario. A ambos actos prestó su más entusiasta cooperación la Federación de Estudiantes de Concepción. Dió además realce a ellos una magnífica concurrencia que llenó el Teatro y el vasto gimnasio de la Casa del Deporte, formada por profesores y empleados universitarios, estudiantes, autoridades, bellas damas, elementos de lo más característico de la sociedad penquista y representantes de la prensa y de las colectividades extranjeras.

EN EL TEATRO CONCEPCIÓN

En el acto realizado en el Teatro Concepción hicieron uso de la palabra el Director de la Escuela de Ingeniería Química Profesor don Salvador Gálvez, el Presidente de la Federación de Estudiantes de Concepción señor Fernando Vargas y el señor Enrique Molina.

He aquí los discursos:

DISCURSO DEL SEÑOR SALVADOR GÁLVEZ

Don Enrique:

Perdonad, señor, que en esta ocasión tan solemne, vuelva a daros este tratamiento; pero es la forma afectuosa, familiar y cariñosa con que los universitarios respondemos a vuestra sencillez, a vuestra bondad y maneras paternas que empleáis para con nosotros.

Señor: los universitarios todos, desde el más sencillo y modesto colaborador auxiliar hasta el catedrático de renombre mundial, han querido expresar su testimonio de conformidad, de aplauso y de adhesión por vuestra labor universitaria, haciéndoos entrega de un busto en bronce.

En él están marcadas las huellas que el tiempo ha dejado en vuestro rostro; pero también las características de vuestra personalidad. Junto a la serenidad de vuestra expresión, observamos los rasgos definidos de vuestra férrea y tenaz voluntad; junto a la expresión de bondad y sinceridad, la de lucha y esfuerzo.

También hemos querido, por medio de este bronce, expresar nuestra gratitud por vuestra labor entre

nosotros. Habéis sido la antorcha que nos ha guiado en el camino del trabajo, de la rectitud y progreso. Habéis sido el catalizador que ha estimulado nuestros esfuerzos y alentado nuestras esperanzas. Habéis sido el padre valeroso y esforzado que defiende el buen nombre familiar y el patrimonio de la heredad con decisión, con esfuerzo, sacrificio y altura de miras.

Pero, sobre todo, habéis sido el paladín que ha mantenido a nuestra Universidad alejada de la política, del sectarismo, dentro de la mayor tolerancia y ecuanimidad.

Por todo esto, don Enrique, os expresamos nuestros agradecimientos, nuestros afectos y nuestros aplausos, que serán eternos, como lo es el material de que está hecho este busto y la obra que habéis realizado.

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA FEDERACIÓN DE ESTUDIANTES DE CONCEPCIÓN, SEÑOR FERNANDO VARGAS

Los estudiantes, que en más de una oportunidad hemos sustentado posiciones opuestas a las del Rector y que, incluso en la actualidad, frente a muchos problemas, no compartimos su criterio, nos sumamos hoy al magno homenaje de aprecio y reconocimiento que todos los sectores le rinden en este Teatro Universitario.

Es un honor y una responsabilidad para el que habla ocupar esta tribuna y lo digo esperando que mis modestas palabras expliquen con claridad las razones que han movido a los estudiantes a estar representados en este acto y por qué ello significa un honor.

Deseo, antes que nada, hacer resaltar el significado, quizás inadvertido, pero trascendente, que este ho-

menaje reviste. He aquí reunidos a dos altos valores espirituales de nuestra patria, que por una coincidencia extraña y afortunada han hecho posible la creación de esta obra maestra que hoy se entrega a nuestro Rector.

Dos creadores, uno don Samuel Román, gran escultor americano, y digo así porque en el campo del espíritu no existen fronteras, y porque el señor Román representa la potencialidad artística de estos jóvenes países.

El, escultor, extrae del barro las bellas formas que son expresión de su inquietud espiritual elevada y que constituyen a la vez un mensaje cultural para la posteridad.

El otro, don Enrique Molina, educador americano, reconocido en todos los centros intelectuales, ha dedicado su existencia fecunda a una actividad creadora en la que lo moldeado no es la arcilla, sino las mentes juveniles, que son también, en cierto modo, arcilla informe cuyo futuro está entregado a la mano del maestro, que tiene por misión extraer de ella formas bellas del espíritu.

La personalidad de nuestro Rector es difícil de abordar en tan grave tiempo, sin embargo, creo necesario destacar algunos rasgos, que para mí revisten especial importancia: Su espíritu universitario, y entiéndase que al decir espíritu universitario involucre pensamiento y acción, difíciles de adquirir y conservar, galardónpreciado, que con el conocimiento que poseo del señor Rector, me creo con suficiente autoridad para adjudicarle.

La amplitud de criterio, la benevolencia para acoger y respetar las diferentes posiciones ideológicas, la generosidad para recoger los impulsos de la juventud

«y lo más importante a mi juicio» que es la actuación universitaria libre de toda coerción, de todo interés, que no sea el de la Universidad misma, sin que ventajas para grupos o partidos lo determinen. Así como los estudiantes repudiamos a aquellos que hacen primar objetivos extraños en la actividad universitaria, reconocemos a los hombres que pueden exhibir una independencia, que es fundamental frente a nuestros problemas.

Podemos decir de nuestro Rector, que si bien hemos estado en posiciones contrarias a las sustentadas por él y aun lo estamos, reconocemos en él a un enemigo leal y digno y decimos también con orgullo, que tenemos en él a un amigo leal.

Hablar de don Enrique Molina es hablar de nuestra Universidad, pues ambos son inseparables y se confunden.

Los estudiantes, que solamente hace dos años hemos adquirido representación ante los organismos directivos, hemos cooperado y hemos aprendido a conocer a las autoridades que orientan la vida universitaria, naciendo de este conocimiento, si no la igualdad de ideas, algo más valioso que es la comprensión y la lucha en común por objetivos superiores.

Creo, y estoy convencido, que el progreso de esta Universidad será logrado en mayor proporción cuanto más estrecha sea la unión de estudiantes y maestros en la lucha común por la cultura y el progreso de la sociedad.

He dicho, en otras oportunidades, que deseamos una Universidad más nuestra y más social, más nuestra porque la responsabilidad de la acción común dignifica y madura a la juventud y más social porque cuando sus raíces penetren hasta los estratos más

profundos de la sociedad, será como aquellos recios troncos de los bosques chilenos, capaces de soportar lluvias y huracanes, por terribles que ellos sean.

He dicho que hablar de don Enrique Molina era hablar de la Universidad misma y he dicho también que mis modestas palabras explicarían el porqué de nuestra presencia en esta tribuna. Espero que lo habréis comprendido.

Que la savia nueva de las generaciones que vienen tonifique el viejo tronco para que así nuestra Universidad continúe la ruta de progreso y superación que sus fundadores le señalaran.

Nada más.

DISCURSO DEL SEÑOR ENRIQUE MOLINA

La noble generosidad de ustedes ha querido obsequiarme con este magnífico busto, bella obra de arte de nuestro gran escultor Samuel Román Rojas, y presentado con las cariñosas palabras de mis amigos el distinguido profesor y Director de la Escuela de Ingeniería Química, don Salvador Gálvez y el Presidente de la Federación de Estudiantes, don Fernando Vargas.

Y digo «generosidad» porque los hermosos discursos a que acabo de hacer referencia, constituyen una confirmación de vuestra bondad y nobleza de sentimientos.

Mi actuar en la Universidad no ha sido por lo general más que el cumplimiento de gratos deberes y en las horas difíciles la compenetración de la grandeza de la obra me ha dado fuerzas suficientes para sobrellevar la prueba. De manera que en mi vida universitaria misma he encontrado sobrada recompensa a mis afanes. Además el cálido afecto y adhesión de los

universitarios—profesores, empleados y alumnos—me han acompañado siempre, como me lo han demostrado en tantas ocasiones antes de ahora, y esa ha sido otra fuente de energías para mi espíritu.

Este bello busto es un testimonio más indestructible de esa constante y noble actitud vuestra. En este expresivo bronce quedan fundidos para siempre en un bloque imperecedero mis rasgos materiales y morales y los latidos de vuestra alma generosa, queridos universitarios. Este bello bronce viene a enriquecer el acervo espiritual de nuestra Universidad. Principalmente en dos órdenes de valores. En el de los valores estéticos porque es una obra de arte moldeada por la hábil mano de uno de nuestros grandes artistas. Y en el de los valores morales y sociales que forman la levadura dinámica que aglutina en un ideal común los elementos universitarios.

La síntesis más acabada de la vida humana me parece que es la lucha, a menudo angustiada del espíritu por realizarse a través del hombre. «El desarrollo libre del espíritu» de nuestro lema universitario en rara ocasión es como la corriente apacible de un río. De ordinario tiene que enfrentarse con obstáculos y vencerlos. No es ninguna exageración hablar de la tragedia del espíritu. Es una nota repetida la de la angustia en la orquestación a menudo bastante desafinada del pensamiento contemporáneo. La sienten las almas religiosas, los filósofos, los artistas, los hombres de letras y de ciencias. Ciñendo la fórmula recién enunciada cabe decir que nuestra vida, esta bella y atormentada vida humana, es tragedia y realización del espíritu. Tragedia son los misterios metafísicos, el ansia de los místicos, las tentaciones de los sentidos,

la pugna del artista, del hombre de ciencia y del escritor para crear. Al crear el espíritu supera la tragedia y se realiza.

Una verdadera universidad debe ser un centro en que para esta brega las almas encuentren un ambiente de serenidad y justicia, de cooperación y cordialidad, que, dando tranquilidad y paz al corazón, hace más fecunda y fructífera la labor de la inteligencia.

He procurado siempre que los dictados del amor y de la lealtad, de la equidad y de la atención a sus necesidades, inspiren mi conducta en mis relaciones con el personal universitario. He tratado de que a mi alma no la mancillen sentimientos bastardos y jamás, no digo una palabra dura, una palabra airada, para censurar a un subalterno, ha salido de mis labios ¿Será menester que os agregue que he proscrito de mi pecho el rencor y el odio? No. No los he proscrito porque no los he albergado nunca.

Con vuestro precioso obsequio, queridos amigos, habéis derramado un beneficioso riego sobre la entraña que sustenta los valores espirituales. Será para mí una perdurable, fortificante y alentadora enseñanza y mi corazón os debe gratitud por este don inapreciable. Con más empeño que antes, si esto es posible, estaré a vuestro lado para que todos armónicamente y cada uno dentro de su especialidad, continuemos labrando por el bien de nuestra Universidad en los campos de la filosofía, de las ciencias, de las artes, de las letras, del bien social y del progreso, participando en esa empresa común de los hombres bien inspirados y de buena voluntad que en definitiva anda buscando poner un poco de unción divina en las cosas de la tierra.



EN LA CASA DEL DEPORTE

En esta manifestación hablaron el estudiante don Samuel Fuentes, que la ofreció, el Profesor de la Escuela de Ingeniería Química, señor Guido Cánepa y el señor Enrique Molina.

DISCURSO DEL ESTUDIANTE SEÑOR SAMUEL FUENTES

Vengo en representación de la Federación de Estudiantes a cumplir una delicada misión: rendir un homenaje a don Enrique Molina Garmendia.

No podría hacerlo con validez si no explicara previamente quiénes rinden este homenaje, qué autoridad, qué virtud moral tienen para hacerlo y qué razones, qué circunstancias han movido a la Federación—siempre parca y mesurada en elogios—para detenerse a tributar homenajes esta vez.

Señores: durante mucho tiempo las generaciones de estudiantes y de universitarios en especial, han estado como adormecidas, acalladas, en el panorama de la vida nacional. Algo como un oscuro sudario—tejido con los curiosos hilos de la apatía, el desconcierto, el utilitarismo, la pseudo-política—ha cubierto y encubierto con oprobio la voz limpia y el gesto audaz de nuestras juventudes. Sin embargo, una reacción favorable se ha dejado sentir en los últimos años. Primero esporádicamente, luego en forma genérica, los estudiantes han vuelto a asumir las posiciones de vanguardia que les corresponde en lo social, en lo ético, en lo intelectual, en lo político, la inquietud secular rebrota en ellos y con esa inquietud nuevas esperanzas surgen en el porvenir.

De modo particular, esta renovación se ha dejado sentir en el estudiantado de nuestra Universidad. Empiezan a aparecer ímpetus, ideales, conciencia nueva, pese a los rezagados y a los timoratos de ayer que todavía pululan como sombras.

Los organismos estudiantiles, directores de este nuevo espíritu, han impreso rumbos distintos a la acción universitaria, han reconocido errores y rectificado puntos de vista, han planteado serenamente, con claridad y resolución, su propia verdad; han criticado, han propuesto y han construído.

Estamos ya frente a una nueva generación, que tiene una posición y un ideario definido, declarado y confirmado; que tiene por encima de todo, una línea moral precisa; que ha armonizado sus inquietudes ideológicas con una lealtad a toda prueba, como consta especialmente en los diversos acontecimientos del presente año.

Esta es, señoras y señores, la generación que hoy viene a rendir un homenaje y esa es la autoridad moral que exhibe para hacerlo.

Esta generación, cumpliendo un imperativo histórico y con la prédica de viejos maestros, al asomar su conciencia al mundo, ha empezado por cometer una terrible y necesaria injusticia; negar todos los valores existentes; no aceptarlos, no admitirlos sin un previo y particular examen. Y a tan terrible injusticia ha correspondido también una justicia terrible: erigir en valores venerados y venerables los que un personal criterio revisionista haya aceptado como tales; los que se hayan conservado o los que se hayan creado después de una aguda revaloración.

Oteando así el campo de la realidad nacional, hemos encontrado, si no descubierto (aunque pudiera

al término parecer paradójico frente a una ajena consagración), entre otras figuras valiosas, la de don Enrique Molina, a quien y por lo cual rendimos hoy homenaje.

No es inoficioso—como bien pudiera creerse—indicar qué razones nos mueven a realizar este acto; qué atributos, valederos para nosotros, exornan a la persona de nuestro Rector. No; no es inoficioso, desde que no desearíamos—y en esta oportunidad menos que nunca—pronunciar una sola palabra, adjetivar una sola voz, más allá ni más acá de la estricta y exacta verdad.

¿Qué hemos descubierto en el señor Molina, para que una generación como la descrita y en una hora como ésta—en que la angustia y la incertidumbre aprietan las gargantas del mundo y roja sangre tiñe ríos lejanos—para que, digo, aquí, en apartadas tierras de paz, se ofrende a un hombre con profundo reconocimiento?

Antes que nada hemos encontrado enfrente nuestro su perfil más genuino: Don Enrique es un hombre que ha enseñado, como pedía Amiel, «más que con sus palabras con todo su ser». Pudiera aparecer, para algún profano, vislumbre ingenua o simple la virtud anotada en primer término. ¡Es tan sencillo hacer algo y tanto más enseñar! Sabemos muy bien, y como alguien cuenta la anécdota, que cuando una auténtica vocación insufla el ánimo, en cualquiera profesión deja de picarse piedras o de ganarse la vida para tener sólo conciencia de que se construyen catedrales. Sí; bajo tal condición, todas las profesiones son igualmente dignas y meritorias. Pero hay diferencias: mientras el médico pone sacrificios y desvelos, pone el alma, en amenguar dolores o en devolver la

vida a sus enfermos; en tanto el abogado pone fe, hidalguía, ecuanimidad, lo más selecto de su espíritu, en defender los sagrados derechos y justos intereses de sus clientes; mientras el arquitecto o el ingeniero aplican las fuerzas más vivas de su alma y dejan visiones, esperanzas, gérmenes de porvenir en los puentes que tienden o en los monumentos que levantan; el profesor no pone el alma ni los frutos de ella en sus obras, entrega alma y frutos por igual a los que enseña; desmenuza su espíritu en ricas fibras y las va dejando, cual semillas, con alegría y con angustia, en el surco de innumerables vidas. Así es su obra de silencio, sin gloria y sin recuerdo. En verdad, enseñar es la profesión de dar el alma.

Pero, con ser mucho, no es eso todo lo que hemos divisado en la vida de don Enrique Molina. Hemos encontrado, perfectamente delineada, una actitud filosófica confesada y vivida. No he de hablar aquí de sus libros, porque escapa al motivo de la solemnidad, sino de su actitud, la posición vivencial con que ha rubricado sus escritos y en la cual y hacia la cual se ha traducido y convergido. Esa actitud, que, como quería Schelling, es una profunda armonía, que es serenidad, equilibrio, beatitud creadora; actitud de cielo espiritual griego—diríamos—y que guarda perfecta consonancia con su infatigable labor, con «su permanente gesto humano de hacer» que comentaba Félix Armando Núñez, con su constancia de esfuerzo, con su reciedumbre de lucha. Recordemos que Ferrater Mora hablando de su «Confesión Filosófica», decía: «la vida de don Enrique Molina ha sido una vida fecunda, y esto es, a mi entender, lo más que puede decirse de una vida humana».

Maravillosa síntesis, identidad de contrarios, su actitud está ahí, viva y tangible. Y más que comentario alguno, para percibirla íntegra, os invito a vagar por los jardines que están fuera de este gimnasio; os invito a contemplar las puras líneas de estos edificios, destacadas contra la diafanidad del azul inmenso; os invito a descubrir ese raro símbolo que es nuestro Campanil. ¡He ahí estructurada en piedra, con elocuencia y para siempre, la actitud filosófica de don Enrique Molina!

¿Hacia dónde confluyen estas virtudes primarias que hemos esbozado, a saber: haber hecho recta profesión de enseñar y tener una clara y legítima postura filosófica? Tales atributos cardinales conforman la figura de un hombre; simplemente de un hombre; repitiendo a Unamuno, nada más que de un hombre, pero nada menos tampoco. Dan en este magnífico caso, un hombre íntegro, un hombre cabal, y creador por añadidura, después de ser él mismo una auto-creación. Un hombre como el que preconizaba la bella concepción platónica: la copia más aproximada de Dios.

¿He abandonado acaso, frente a ojos suspicaces, la prometida medida y justeza de términos? ¿He descrito a un «santo» en el sentido del creer religioso? Lejos de eso, he hablado de un hombre que lucha por realizarse como tal y es esa lucha su mérito y su consagración. Si insistís en que he revestido de «santidad» a don Enrique os recogeré la palabra: he hablado de un hombre que se debate por la santidad que concebía Kant.

Pero yo he dicho hombre porque es la voz más honda y llena de sentido que he conocido; porque ella, en su actualidad moral pujante, está preñada de

historia, de una historia cruda, apasionada, sin desmayos, trazada por la heroica lucha del espíritu contra sí mismo, contra el ambiente, contra el mundo. La trágica historia del cómo se llega a ser, del realizarse que dice el señor Molina, del convertirse el *algo* que es ser un Hombre.

Hombre, entonces, implica vencimientos sucesivos, superación de debilidades, rectificación de principios, audaz afirmación de conceptos que el alma intuye y cuya verdad aun no se comprueba. Implica un angustiado ignorar, una estremecida limitación. Implica cuantía de errores y su leal reconocimiento. Por todo eso se es, con tanto más valor, hombre y no demiurgo, hombre y no santo.

Bien lo sabemos nosotros, los universitarios, que hemos estado tantas veces en pugna con nuestro Rector. Que hemos luchado con él por ideas comunes y hemos luchado sin él, contra sus posiciones, por ideas antagónicas. Y esta lucha, para orgullo de la Universidad, es y será, sin renunciios y sin disminución, mientras los ideales de la Nueva Generación tengan un contendor de la índole de don Enrique. Su hidalguía admite la crítica y la réplica; la disconformidad y la rebelión. Es ley natural de las sociedades la lucha entre la generación que llega y la que se va, y, en el terreno universitario, la contienda se dará siempre en torno a la Reforma que, por su esencia, será eterna. Cumpliendo nuestra misión nosotros seguiremos cruzando armas hasta entregarlas a quienes nos sucedan, pero entretanto tendremos—como muy bien decía el Presidente de la Federación en el Acto recién verificado en el Teatro—la más solemne garantía en la persona de nuestro contendiente, don Enrique Molina. Sublime es, señores, decir: «tengo un amigo grande»

y sublime es también decir: «tengo un enemigo grande».

Cuando llegué a esta Universidad venía impregnado de las lecciones de aquel insigne maestro argentino José Ingenieros. Muy bien recuerdo lo que decía sobre la senectud: «La vejez sólo es respetable por la cantidad de juventud que la precede. Deliran los seniles que pretenden aconsejar a los jóvenes y no supieron resolver los problemas de hace medio siglo». Y quien haya interiorizado un poco en la vida del señor Molina sabrá que es digno del más inmenso respeto por la juventud que tuvo. Y sabrá, también, que la nueva generación tiene el deber de oírlo sobre los problemas actuales porque él supo abordar y resolver los de hace medio siglo.

Quiero, por último, señores, recordar a Uds. un hermoso pasaje de Rodó y cuya ejemplaridad yo hago mía, en voz de la generación que represento. Cuenta el escritor uruguayo, que un maestro llamado Gorgias, estaba condenado, por sus doctrinas, a beber la cicuta. En los últimos instantes, uno de sus discípulos propuso a los demás jurar al filósofo fidelidad invariable a sus enseñanzas, a su prédica, a cada una de sus palabras. Gorgias rechazó el juramento narrando una extraña y elocuente anécdota de su niñez y dictó la última lección de su vida, la cual concluía con un bello juicio que ningún hombre debería nunca olvidar: «las ideas, como la letra, también llegan a ser cárceles del alma». Después preguntó a Leucipo, otro de sus discípulos, por quién libarían la última copa, y éste, entonces, compenetrado del sentido de la enseñanza final, contestó: «beberemos por quien desde el próximo sol que no has de ver nos dé más luz que tú, más verdad, mejor camino; por quien desvanezca los

errores y las sombras que tú nos dejaste; por quien ponga su pie delante de tu última huella, y si esto es vencerte maestro, ¡por quien os venza con honor en nosotros!». Y, con el sereno rostro levantado al cielo repitió Gorgias con orgullo: «¡Por quien me venza con honor en vosotros!».

Don Enrique: en nombre de la Federación de Estudiantes os traía este mensaje, y el homenaje que en esta tarde os rendimos es sencillo y hondo y he de decirlo en un lenguaje espiritual que vos y los hombres de vuestra estirpe comprenderéis muy bien: Os llamamos *Maestro*.

DISCURSO DEL PROFESOR SEÑOR GUIDO CÁNEPA

Señor Rector de la Universidad de Concepción, señoras, señores, amigos universitarios todos:

Cuando una Universidad se reúne para festejar su espíritu, no lo hace con succulentos banquetes como los hombres primitivos cuya única actividad cultural era obtener el diario sustento, ni con ofrendas en los altares, de los más hermosos frutos de la tierra, como hacían los agricultores.

De las Universidades modernas, de sus investigaciones y saber depende el equilibrio dinámico de la paz y la guerra para los diferentes pueblos. Incluso los Estados Mayores se hallan hoy día asesorados y dirigidos a su vez por los estados mayores científicos, ya que la guerra se ha ido intelectualizando no menos que la paz.

Por eso, cuando una Universidad se reúne en fiesta, la alegría no proviene de los banquetes, ni de los frutos cosechados, ni de los discursos políticos, sino de las ideas presentadas con el fin de sincronizar el

material humano con las fuerzas económicas y culturales del ambiente en estos momentos.

Vox populi vox dei decían los latinos y si esto es cierto debemos reconocer que hoy en día los maestros no gozan de la autoridad y prestigio de que gozan los guerreros, los políticos, industriales, etc.

¿Cuáles son las razones que nos pueden iluminar para resolver esta situación de hecho que nos coloca en luz tan desmedrada?

El factor más conocido aunque no el más decisivo en este proceso de debilitamiento de la fuerza de los maestros es la mala renta de que gozan, trátese de instrucción primaria, secundaria o superior. Ello desvía una gran parte de hombres capaces hacia otros campos donde es más fácil cumplir las ambiciones muy humanas que llos llevan en sí. En el profesorado sólo quedan los apóstoles y un fuerte porcentaje de funcionarios meritorios y honrados, pero sin la cantidad de fermento interior suficiente para vivificar y orientar de manera definida a la juventud.

Pero hay otro factor más decisivo por el cual los maestros aparecen ante el pueblo sin el prestigio que les corresponde: y es que ellos enseñan libros, técnicas, historia, etc., pero no enseñan a vivir, a vivir fuertes y libres. Es que no enseñan a partir del sentido común y experimental que emana de este maravilloso Universo, sino con instrucciones provenientes de los Ministerios de Educación.

Con tanto libro se forman jóvenes no menos desorientados que Don Quijote, que salen a combatir molinos de viento y que al caer derrotados perciben la ineficacia de un exceso de libros en su formación. Estos jóvenes, cuando comienzan a luchar de nuevo, hacen tabla rasa del pasado, lo que el pueblo expresa

muy bien diciendo «que han dejado de ser idealistas para poder hacer frente a la vida».

Justo es decir que los maestros no son culpables de esta situación de hecho, porque la clase dirigente de la nación parece no entender a través de los decenios que además de una economía administrativa e industrial existe otra, causante de las dos primeras, que es la economía de los espíritus de cuya estructura y capacidad todo depende. Y así, los gobiernos que han sido avaros de medios para con los educadores, destruyen la riqueza mayor que puede financiar la Patria: la del espíritu creador de sus hijos.

Vemos los gobiernos uno tras otro solicitar préstamos en dinero y cerebros para organizar nuestra economía sin que logren captar donde reside el verdadero mal, porque tampoco nadie les enseñó a ellos que además de la economía administrativa e industrial existía una economía de los espíritus con poder creativo.

Así nuestros códigos no hablan aún de patrimonio intelectual de la nación y los delitos de desorientación intelectual de la juventud pasan inadvertidos porque aún falta una conciencia acerca de la importancia económica de ellos en tiempos de paz y de guerra.

Esta Asamblea de carácter universitario se ha reunido para rendir homenaje a la grande obra que ciudadanos esclarecidos encabezados por don Enrique Molina como Rector han realizado y realizan en la formación de nuevos valores, y porque los constructores de la Universidad comprenden en este momento que el camino a seguir en el futuro es el de intensificar la experimentación y la investigación.

Existen varias y poderosas razones para ello:

- 1) Se encuentran en peligro de destrucción los grandes centros de cultura de Europa, Norteamérica y

Asia. Eso significa que en muchos campos no podemos seguir enseñando lo que afuera se ha hecho sino que debemos comenzar a enseñar como hacerlo, esto es, debemos enseñar a investigar y a crear.

2) La creciente industrialización y el desarrollo cultural de Latinoamérica, lo que obliga a la Universidad a anticiparse a los acontecimientos, ya que esa es su función orientadora.

El profesorado y alumnado ya se encuentran maduros para iniciar la intensificación de este aspecto de investigación y experimentación, que mejorará directamente la eficiencia del profesorado primario, secundario y universitario.

Además el noble gesto de la Federación de Estudiantes, de ofrecer todos sus fondos, aproximadamente medio millón de pesos para fundar un Instituto Superior de Investigaciones, señala que el espíritu de las grandes universidades inglesas y norteamericanas, protegidas y financiadas por los propios ciudadanos, ha comenzado a florecer en nuestra Universidad para orgullo y honra del señor Rector y de los señores profesores.

También se pone de manifiesto que las empresas grandes no asustan a los habitantes del sur del país, que ya en 1919 iniciaron sin medios financieros la temeraria empresa de fundar una Universidad.

En estas horas graves de la historia muchos son los que piensan que la cultura está en peligro. Ello no es efectivo porque las raíces de la cultura son las mismas que han dado origen a todo lo creado, a las plantas, a los animales y al hombre y porque las leyes experimentales de la naturaleza, que son las que dan origen a lo creado, son eternas y no existen sólo a partir del instante en que adquirimos conciencia de ellas. Sus-

tentadas por ellas han nacido y pueden volver a nacer las culturas más diversas.

Lo que en estos momentos está en peligro es el hombre, el hombre sano cuya moral se nutre con la dignidad del trabajo creativo y de contactos vivos de intercambio con el ambiente.

El hombre de hoy no es normal, vive revolucionado porque vive lejos de la paz y de la vida. El hombre medio vive tan lejos de ella que piensa que la paz, las flores, el amor y los monumentos son un privilegio de los muertos y de los cementerios.

Cuando el hombre normalice sus relaciones simples con la naturaleza y con el espíritu, su poder creativo le permitirá recobrar el Paraíso Terrenal y ordenar la humanidad con la misma sabiduría, fuerza y belleza creadora con que se ordena la materia en las estructuras cristalinas o los astros en el cielo.

Sólo entonces el humanismo y las ciencias se fundirán en una nueva y simplificada forma de cultura y el profesor, el político, el industrial, el artista y el guerrero poseerán la misma dignidad y fuerza ante los ojos de la nación.

No son nuestras palabras, don Enrique, las que os pueden rendir homenaje. Son las obras realizadas en esta Universidad durante vuestro rectorado, que os rinden homenaje. También el futuro os quiere rendir homenaje a través de nuevas obras que la Universidad puede y debe realizar para engrandecer la patria. Que la Universidad acepte emocionada la oferta inmensa de significado de la juventud universitaria, que la lleve en alto y que abrazada con ella siembre la semilla de un mañana luminoso donde la alegría del crear se expresará en obras maestras tan imperecederas como el bronce.

Así obrando, don Enrique, los heroicos fundadores de esta Universidad y los constructores de ella formaréis ciudadanos capaces de plasmar los acontecimientos y por lo tanto de dar de beber a la historia.

Por todo ello, don Enrique, no seremos nosotros simples mortales sino la historia, quien brindará por esta Universidad y por su magnífico Rector.

DISCURSO DEL SEÑOR ENRIQUE MOLINA

Un magnífico espectáculo se ofrece en estos momentos para mi vista y mi corazón. Magnífico y conmovedor. Para realzar aún más el obsequio del bello busto que acaba de ofrendarme el personal universitario se me hace objeto de esta, no sólo cariñosa sino grandiosa manifestación, ofrecida en un estupendo discurso, de amplias y profundas proyecciones y en términos a la vez cordiales, viriles y benévolos por el talentoso estudiante, mi amigo don Samuel Fuentes. Hemos escuchado también la palabra ardorosa y rica de contenido conceptual del excelente profesor, mi amigo don Guido Cánepa, siempre tan lleno de amor y de nobles iniciativas para nuestra Universidad. Magnífico y emocionante espectáculo, según acabo de decir. Lo agradezco en el alma a sus organizadores y a quienes me honran y me procuran una satisfacción íntima con haber concurrido. Pero no me es dado creer que yo pueda tener merecimientos suficientes para justificarlo. Yo no soy sino el afortunado representante de una entidad valiosa que es el rico, poderoso y secreto imán que nos aglutina a todos como alrededor de un polo magnético de nuestros sentimientos, que es nuestra Universidad. Veo conglomerados en esta espléndida reunión profesores, empleados y

estudiantes universitarios, educadores de diversas ramas de la enseñanza, distinguidas y hermosas damas, flores que son el mejor adorno de nuestra sociedad, altos y destacados personeros de todas las actividades colectivas, representantes de la prensa a quienes tanta constante cooperación debemos.

Vosotros que sois como el exponente del alma de Concepción venís a prestar el calor de vuestro cariño y adhesión a nuestra Universidad. Y ella en verdad sobradamente lo merece. Concepción dispuso de una Universidad durante casi todo el siglo XVIII, la Universidad Pencopolitana, fundada a la vez que las de Charcas, más tarde de Cochabamba, en Bolivia, de Córdoba en la República Argentina y de Manila en las Filipinas. Estas tres últimas subsisten, pero la Pencopolitana se extinguió con la expulsión de los jesuitas. Más tarde, en la segunda mitad del siglo XIX, fundó el Estado un Curso de Derecho que funcionó anexo al Liceo de Hombres hasta 1929, año en que, por supresión de la partida correspondiente en el presupuesto fiscal, nuestra Universidad le tendió la mano, lo hizo suyo, y creó para salvarlo la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. De manera que Concepción goza de una secular tradición universitaria.

Pero a la actual Universidad la distingue un carácter nuevo. Uno de los hechos más sobresalientes de la civilización contemporánea lo constituyen las universidades particulares de los Estados Unidos de Norteamérica y su estupenda prosperidad. Son Harvard, Yale, Princeton, Cornell, John Hopkins, Columbia, Ann Arbour, Chicago, Wisconsin, Leland Stanford y tantas otras con sus magníficas instalaciones y sus amplios recursos que les permiten aprovechar en su seno los trabajos de los mejores sabios del mundo.

Estos espléndidos centros no han sido creados por el gobierno central de la gran república ni por los estados que integran la Unión. Son, como acabo de decir, de origen particular. ¿A quiénes se debe su fundación? Generalmente a ciudadanos acaudalados que han sentido la necesidad de servir con su dinero a su país y a la cultura. Han visto esos ciudadanos que los millones acumulados en sus fábricas y usinas o por medio de negocios y especulaciones de bolsa no constituían un bien en sí y han ido tras satisfacciones de orden espiritual. Han buscado llenar de esa manera los vacíos de sus almas y los vacíos de la democracia que, siendo el más perfecto sistema de gobierno ideado por los hombres, es endeble si sus componentes, los ciudadanos, no cuentan con una sólida contextura moral. Los fundadores han destinado enormes sumas de millones para echar los cimientos de sus obras y luego las han dotado ricamente para asegurarles su existencia en el futuro.

Pues bien, señoras y señores, en toda la América Española la única Universidad, la única que no ha nacido a la sombra del Estado o de la Iglesia y se debe sólo a la iniciativa particular, a imitación de esos grandes centros norteamericanos es esta Universidad, nuestra Universidad, la Universidad de Concepción. Esta es su ejecutoria: con ella y con la obra que realiza llama al respeto y al cariño.

No resisto a haceros una remembranza histórica. Os ruego recibirla dentro de las debidas proporciones y no creer que pudiera hallarme afectado de alguna peligrosa megalomanía. Ahora más que nunca, después de estas magníficas manifestaciones de que he sido objeto, si bien por ellas me siento orgulloso, siento a

la vez que no debo apartarme de la modestia y la moderación. Antes de emprender su campaña libertadora, coronada con las gestas de Chacabuco y Maipú, el general San Martín, en una ceremonia solemne y conmovedora, en la plaza de Mendoza, les dijo a sus soldados ahí reunidos, empuñando y mostrándoles la bandera del Ejército de los Andes, estas vibrantes palabras: «Patriotas, esta es la primera bandera independiente que se bendice en América. Jurad morir en su defensa como yo lo juro ahora». «Lo juramos» contestaron todos y una descarga cerrada selló el juramento.

Sin faltar en un punto a la verdad, disminuyendo sí la talla del que habla hasta donde sea necesario y sin disminuir en lo menor la de vosotros, se os podría decir: «Esta es la primera Ciudad Universitaria que se ha construido en la América Hispana. Sepamos mantenerla, defenderla e incrementarla». Es un tesoro de la cultura. Somos sus guardadores y expedicionarios por los campos de la inteligencia. La Ciudad es alegre y acogedora. Sus prados y sus flores, sus estatuas y edificios armoniosos son un deleite para la vista. En su interior, bajo su alero hospitalario, en sus bibliotecas y laboratorios, las almas se dedican silenciosamente a la meditación, a la observación y al estudio; se trabaja en la preparación de la juventud; muchos hombres de ciencia encuentran ahí un sentido a su vida y sin vanos alardes dedican sus desvelos al mejoramiento colectivo. La Universidad es un hogar en que se mantiene la llama sagrada que ha de ayudar a salir a la humanidad de las desorientaciones que la angustian: es la llama que simboliza los afanes del espíritu en busca del bien.
